

The illustration depicts a woman in a dark, strapless dress kneeling in the lower-left corner, looking up at a large, turbulent splash of water. She holds a human skull in her hands. From the water, four pale, featureless faces emerge, stacked vertically. The background is a dark, textured green. The title is written in a white, outlined font across the upper-middle section.

Cuando los ríos sueñan

María Eugenia Delgado
Ilustración: Santiago Alvarez Rivera

VII Maratón del Cuento y las Artes, Cuenca 2026

Juana Neira Malo

Presidenta de Girándula

Francisco Salgado Arteaga

Rector de la Universidad del Azuay

Eliana Bojorque Pazmiño

Rectora de La Asunción

Cuando los ríos suenan

Texto: María Eugenia Delgado

Ilustración: Santiago Alvarez Rivera (THIAGO)

Edición: Silvia Ortiz Guerra

Diseño y diagramación: David Jaramillo-Cuarto Gráfico

Impresión: Grafisum

Cuenca, 2026

 @girandulaecuador
 @maratondelcuento
 www.maratondelcuento.com
 0962210303
 girandula2013@gmail.com





Aquella mañana, la ciudad despertó en aparente calma. La gente se levantó como todos los días, sin darse cuenta de que el agua de los ríos corría más rápido que de costumbre. Y es que allá arriba, en el páramo, donde hace miles de años nacieron los ríos de Cuenca, ellos habían decidido reunirse para hablar de algunas cosas que les tenían preocupados desde hacía tiempo.

Eran cuatro hermanos de aguas vivas, todos sabían cómo llegar al punto de encuentro porque habían realizado ese mismo recorrido desde mucho antes de que hubiera una ciudad o humanos en aquel territorio.

El primero en llegar fue Tomebamba, el mayor. Bajaba desde la laguna de Luspa, fuerte y sonoro. Se deslizaba por debajo de los puentes, cruzaba los barrios y pasaba junto a las casas que construyeron en sus orillas. Cuentan que el mismo Huayna Cápac, cuando mandó a abrir un gran canal para los sembríos, al ver cómo la tierra se abría bajo el filo de las herramientas, fue quien le puso su nombre.

—Te llamarás Tomebamba —dijo—, que significa «campo de cuchillos», no por peligroso, sino porque abre la tierra con fuerza, como un camino por donde pasa la vida.

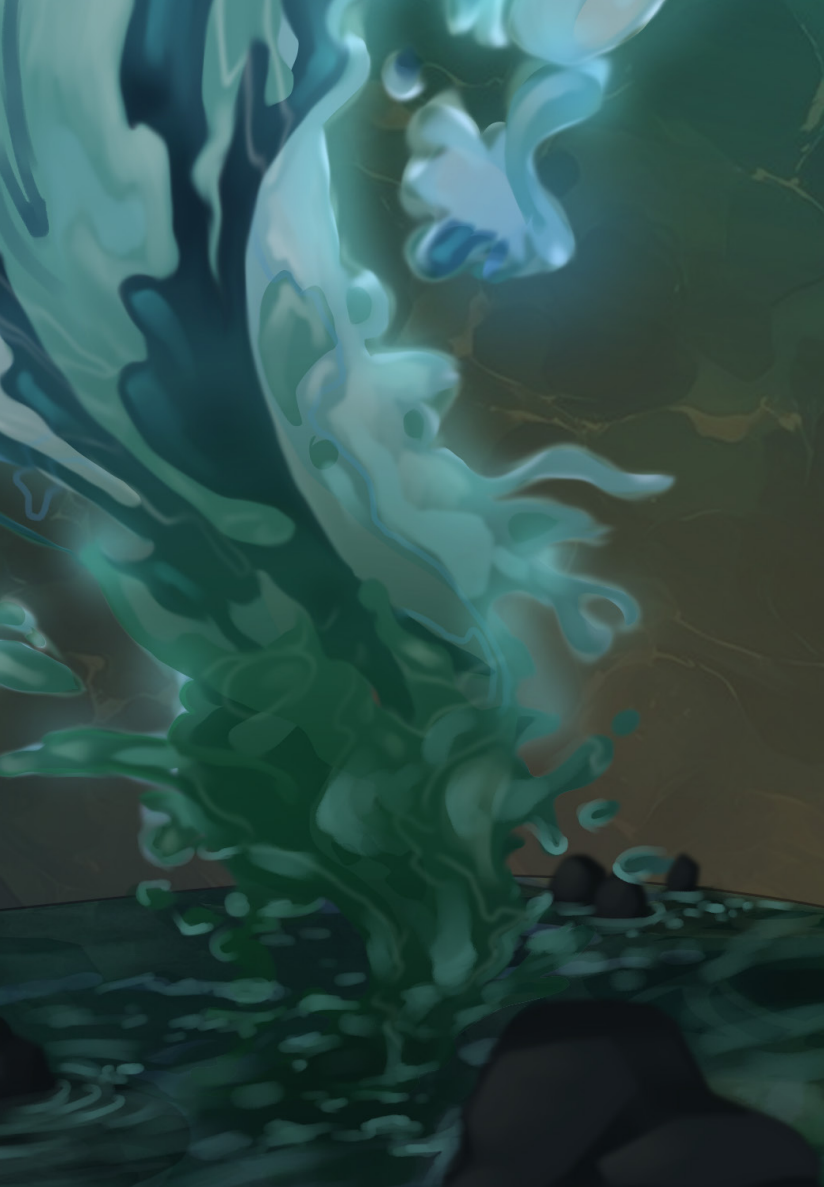
Luego llegó Yanuncay, que venía desde los humedales de Quimsacocha, fresco y generoso. A su paso, los campos se hacían más verdes y las aves lo seguían como si conocieran su canto. Dicen que su nombre significa «agua de los alimentos».

Sin prisa apareció Tarqui, el más callado, haciendo honor a su nombre, que significa «paso», y así ha acompañado a todos durante su vida, sin hacer ruido.

Y al final llegó Machángara, ágil y atento, conocido en otras épocas como «nido de gavián», porque en su nombre y en sus aguas guarda algo del cielo y de las montañas.

Cuando se juntaron permanecieron un rato en silencio. Al verlos, el viento del páramo meció sus aguas con suavidad, como si celebrara en secreto su encuentro.





Tomebamba, por ser el mayor y el que los había reunido, tomó la palabra.

—Ejem... —dijo, aclarando su voz—. Me alegra verlos, hermanos, aunque estemos aquí por algo que a todos nos preocupa.

Los otros asintieron, moviendo suavemente sus aguas, y lo miraron atentos.

—Cuando paso por la ciudad —continuó—, ya no me reciben como antes. Me entristece ver cómo ensucian mis aguas con basura y desechos. Y pensar que, hace mucho tiempo, los antiguos pobladores de estas tierras me consideraban sagrado y me protegían. Y no hace tanto, los nuevos habitantes también me cuidaban, pero ahora siento que muchos han olvidado su relación amorosa con nosotros, con el agua, con la vida —y, al decir esto, en su corriente brilló algo parecido a una lágrima que el río no pudo contener.

Yanuncay se acercó a su hermano.

—No eres el único —dijo con voz serena—. Antes mis aguas corrían limpias, alimentaban la tierra y acompañaban a los pájaros, pero ahora siento que mi canto ya no suena igual.

Tarqui dejó escapar un pequeño suspiro de agua.

—Ahora las personas casi ni nos miran —murmuró—, como si creyeran que siempre vamos a estar aquí. Recuerdo que en la estepa donde nací, la gente cruzaba por mis orillas. Incluso, una vez se libró allí una gran batalla, pero ahora ya nadie se detiene a escucharnos.

Los cuatro guardaron silencio por un momento. Entonces, Machángara, que hasta ese momento había permanecido atento como un ave en lo alto, habló:

—Hermanos, lo que cuentan es triste, pero hay algo más que debe preocuparnos —los otros ríos volvieron sus aguas hacia él—. Cerca de las montañas remueven piedras y hacen huecos en la tierra para buscar minerales. Esto lastima nuestras fuentes, ensucia nuestras aguas y rompe los caminos por donde corremos.

Un viento frío recorrió el páramo. Por primera vez, los cuatro hermanos sintieron miedo.

—¿Y si por un momento dejáramos de correr? —susurró Tarqui.

—Me parece una excelente idea —intervino Yanuncay—. Si nuestras aguas se secaran, la Tierra lo sentiría. Es posible que así vuelvan a cuidarnos.

Tomebamba dudó un instante. Sus aguas se movieron despacio.



—Tal vez, por un tiempo, deberíamos hacernos más pequeños —dijo.

Machángara alzó su voz:

—¡Provoquemos un estiaje!

La palabra quedó flotando entre ellos.

—Un tiempo sin nosotros —añadió Tomebamba— hará que nos extrañen.

No era una decisión fácil de tomar, pero los cuatro estuvieron de acuerdo.

Entonces, como en un pacto antiguo, pidieron ayuda al sol para que brillara con fuerza durante varios días; al viento para que soplara fuerte y a la lluvia para que esperara un poco más. Y así, muy despacio, comenzaron a guardar sus aguas. Al principio, casi nadie lo notó. Pero, poco a poco, los ríos se hicieron más pequeños, las piedras quedaron al descubierto y se secaron los sembríos.

El ganado comenzó a buscar agua sin encontrarla y muchas aves emprendieron vuelo hacia otros lugares. Incluso las mujeres que lavaban ropa en los ríos ya no pudieron volver a hacerlo.

Todo empezó a secarse: los campos, los caminos y también los rostros, los cabellos y la alegría. La gente se preocupó. Muy pronto, la noticia corrió por todas partes: en los periódicos, en la radio, en la televisión y en los celulares.

—Tenemos que cuidar los ríos —decían algunos.

—No podemos seguir ensuciándolos —decían otros.

Las voces crecieron como un nuevo río.

Arriba, en el páramo, los cuatro hermanos escuchaban. Se habían vuelto casi invisibles, pero seguían atentos.

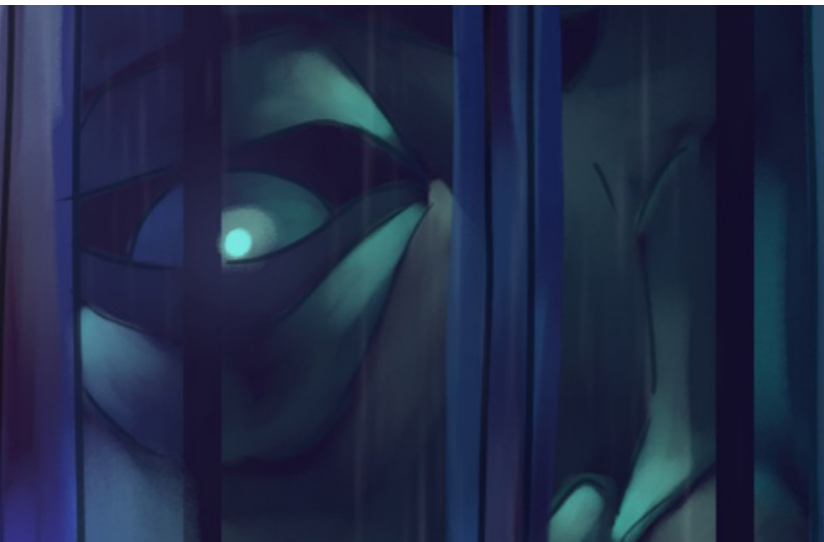
—¿Lo sienten? —preguntó Tarqui.

—Sí —dijo Yanuncay—. Están recordando.

Tomebamba guardó silencio un momento. Luego sonrió, desbordante como sonríen los ríos grandes y fuertes.

—Es hora de volver —dijo.

Así que llamaron a las nubes, invitaron a la lluvia y, poco a poco, regre-



saron a sus cauces. Con ellos volvió el verdor y la alegría a la región.

Desde entonces, los cuatro hermanos siguen su camino como lo han hecho siempre. Pero, ahora, cada vez que alguien se acerca a sus orillas y escucha con atención puede oír algo más que el sonido del agua: un murmullo que recuerda que en esas aguas vive la vida, porque los ríos nunca olvidan.

Y, a veces, tampoco dejan que los humanos lo hagamos.



VII maratón del CUENTO y las artes Cuenca 2026



Girándula
ASOCIACIÓN ECUATORIANA
DEL LIBRO INFANTIL Y JUVENIL

ibby
ECUADOR



**UNIVERSIDAD
DEL AZUAY**



UNIDAD EDUCATIVA PARTICULAR
LA ASUNCIÓN

Con el auspicio de:

